

EL ESCANDALO

AÑO II

BARCELONA 7 DE ENERO DE 1926

NÚMERO 12

COSAS EXTRAÑAS

La aristocracia

Cada vez que oigo hablar de la aristocracia catalana, no puedo reprimir un gesto de asombro. Para mí, la nobleza catalana no existe. Pude creer en ella hasta que vi el palacio del marqués de Comillas en la Rambla. Como nadie ignora, la fortuna del marqués de Comillas es una de las mayores de España. Y el palacio del marqués de Comillas tiene los bajos alquilados a varios establecimientos mercantiles: una bisutería, una tienda de óptica, una sombrerería y una farmacia. Este rasgo de mezquindad y de pobreza, a mi vista, le quita al marqués de Comillas todo el sentido de aristocracia que ante las gentes pudo adquirir con sus títulos nobiliarios y su fortuna inmensa. Porque la aristocracia en los tiempos presentes, tiene un estricto carácter decorativo y espectacular. Pasó el tiempo en que pudo influir en la vida de los pueblos y ser clase directora. Hoy, cuando preponderan en la sociedad la inteligencia, la acción y el trabajo, la misión de la aristocracia no es otra que servir de adorno. Y para ello, tiene que dar un tono de elegancia, de gracia, de espiritualidad a todos sus actos. Si no es así, si se avillana y se plebeyiza, pierde sus características fundamentales y su propia razón de existencia.

La verdadera aristocracia catalana está en esos hombres salidos de la humildad de un taller o de un despacho, que, a fuerza de inteligencia y de audacia, y de laboriosidad, se han encaramado audazmente a posiciones sociales elevadas. Estos son los únicos hombres que pueden constituir una aristocracia catalana, como selección característica, como ejemplares salientes de una raza, o si se quiere de un núcleo social, el temperamento de cuyos hombres se moldea en una identidad espiritual, en una paridad de aspiraciones y de costumbres. Pero, eso sí, esta aristocracia no ha de sentirse avergonzada de su propia personalidad, ni puede olvidar su origen. Debe mantenerse fiel, leal a su nacimiento y al desarrollo de su vida. Si se aparta de este camino, por entender que la fortuna puede dársele de sopetón lo que no puede adquirirse, cae en el ridículo. Rusiñol ha satirizado a los nuevos ricos, a los nuevos nobles, en un sainete delicioso: "Gente bien". Y es que debieran tener el valor de mantener con orgullo su verdadera personalidad, en lugar de querer disimular, tras una personalidad ficticia. Debieran tener la arrogancia de ser "el marqués de la cretona", "el conde del sulfato", "el duque del algodón hilado", "el barón del voltio". Pero no se atreven a esto, a lo que, a decir verdad, tampoco se ha atrevido ningún excéntrico multimillonario norteamericano, pero que sería lo honrado, lo lógico y lo verdaderamente noble.

¿Aristocracia? ¿Nobleza? Los nobles que por acá nos gastamos no saben en qué se come eso. Para ellos, como para los demás mortales, el negocio es lo primero. Por eso nos reímos mucho cuando se pretende establecer diferenciaciones estúpidas, que no tienen razón de ser, y se exhiben títulos nobiliarios comprados como un automóvil o un gramófono.

BRAULIO SOLSONA.

Catalina Barcena se retira del teatro

Va dedicarse al cine, con Martínez Sierra

Catalina Barcena, la ingenua mayor de edad, va a abandonar la escena.

Sabemos el dolor que esta noticia producirá a las elegantes damiselas que aprendían, de la notable actriz, a ser ingenuas; pero no podemos ni debemos ocultar la decisión de Martínez Sierra.

Don Gregorio ha resuelto que sea esta la última campaña de su compañía en Eslava, y en la primavera próxima las huestes de Martínez Sierra se despedirán del público barcelonés.

Catalina, en lo sucesivo, filmará películas. Afirma D. Gregorio que, este de las películas, es negocio más productivo. Y calla que con el maquillaje que exige la filmación de cintas cinematográficas no se conoce tanto el triste paso de los años por los rostros de las ingenuas.

Martínez Sierra fundamenta su decisión ante la crisis del teatro, en los siguientes términos:

"De la compleja maraña de razones, confabuladas para llevar el arte y la industria del Teatro a su acabamiento, la que hiere con más violencia la retina es el desamparo en que tiene el Estado a la escena. No existe país alguno civilizado que no atienda al Teatro, que no estime medida de buen gobierno el proteccionismo del arte escénico; es decir, existe uno: España, donde, en vez de no existir protección, se oprime

al Teatro, destrozando su vitalidad con la más bárbara tributación impuesta a industria alguna. Si basta la elocuencia de un dato, sirva de punto de referencia el hecho de que Inglaterra, en los instantes más agudos de la pasada guerra, cuando el Gobierno de Lloyd George obligaba a los ricos a pagar las cargas del Estado (hay países fabulosos en los que los ricos pagan al Estado), hacía tributar a los teatros menos de la mitad de cuanto hoy tributan los de España.

Hay otra razón—espigaré unas cuantas del haz inagotable—que también contribuye a fomentar la crisis: la libertad en que dejan la Sociedad de Autores y el Sindicato de Actores a ciertos aventureros del negocio y a no escaso número de comediantes mediocres, para organizar, sin dinero, sin orientación artística, sin el más elemental decoro en los con-



juntos y la más total carencia de material escénico, agrupaciones de necesitados, pomposamente tituladas "compañías". Lleva a este resultado muchas veces la vanidad de los artistas, cuya egolatría no sabe detenerse ni ante las fronteras del hambre; otras, el cinismo de ciertos empresarios, cuyo analfabetismo sólo es comparable a su insolencia, siempre y en todo momento la confusión que origina el mirar la escena como un gran negocio de dinero, cuando, hasta en las horas de su mayor florecimiento, el Teatro debe ser, como todo arte, yunque de sacrificio y altar en el que la fusión de la sensibilidad del autor, del actor, del músico, del dibujante y del escenógrafo den a los públicos comunión de manjares espirituales.

ANTE LO ACTUAL

Lo que han traído los reyes

Aunque es un truco un poco gastado, no podemos resistirnos al deseo de reseñar las ofrendas que Melchor, Gaspar y Baltasar han hecho a algunas de nuestras personas conocidas. Oído al parche:

A Santiago Rusiñol: Dos kilos de judías para el laurel de la corona.

A Ribera y Rovira: Un cesto de huevos.

A "Amichatis": Un frasco de bencina.

A Ribé: Un "chaquet" y una chistera de 123 reflejos.

A Foronda: El monopolio de todas las "patinettes" que arrastran los chiquillos por Barcelona.

A Sagi-Barba: Una nariz de repuesto. (La que tiene, a fuerza de dar "piñoladas" "ful" está algo deslucida por el uso.)

A Zamora: Dos kilos de jabón para que se lave el jersey de las victorias.

A Tana Lloré: Una voz en conserva, unos andadores y un tomo de "¿Quiere usted aprender el castellano en diez días?".

A Paquito Madrid: Las obras completas de Avelino Artís.

A Avelino Artís: La "trinchera", de Paquito Madrid.

A Blacamán: Un peine de acero blindado.

A Samitier: Dos peines, del mismo acero, para el tupé.

A las figuras de la Plaza de Cataluña: Dos jerseys, dos fal-das afealdadas y un tapabocas.

A Pic y Pon: Otro tapabocas.

A Luis Calvo: Un "caballo blanco" y otro de cartón.

A Manolo Fernández: Un calorífero, dos caloríferos, tres caloríferos, x caloríferos.

A Manolo Sugrañes: Un juego de "Mah-Jongg".

A Felisa Herrero: Carne.

A Pérez de Rozas: Huesos.

Al conde de Güell: Otra prorroguita del contrato de la Tratatística.

A "La Vanguardia": Aparatos telegráficos para su redacción, porque con los que tiene ahora no se entera.

A José Escofet: Un conde de Godó, dos condes de Godó, n condes de Godó.

A José María de Sagarra: Más manos, porque con las que tiene no da a basto para acariciar turgencias en el escenario del Cómico.

A "La Noche": Que salga todo el año tarde "El Noticiero".

A "El Noticiero": Que salga todos los días tarde "La Noche".

A Anselmo Fernández: Que el bidón de coñac esté a 0'40.

A Acuaviva: Gracia.

A don Antonio López: "L'Esquella de la Torratxa".

A Carlitos Gardel: Un cinturón eléctrico.

Al barón de Viver: Las obras completas de Balmes. Y otras muchas obras, también completas.

A Braulio Solsona: Otra revista.

A Simó Raso: Que se separe de Zorrilla.

A las calles de Barcelona: Que les coloquen los adoquines que les faltan.

A los adoquines: Que no anden revueltos por ahí.

A Lerroux: Que le crean.

A los amigos de Lerroux: Que crean en Lerroux.

A "La Publicitat": Anuncis, anuncis y anuncis.

Al señor Esteve: 1846 autores como Rusiñol.

A Luis Mascias: Un corsé.

A Emilio Junoy: "Píjules orientales".

A Alfonso Sala: Tranquilidad y buenos alimentos.

A Pilar Millán Astray: Que le declaren el kiosco de tabacos de la rambla, monumento nacional.

A Cambó: Que contribuya a que Pilar Millán Astray logre sus propósitos.

A Carrasco, el del "Ciero": Un ejemplar de "Don Quixote el Amargao".

A Juan Tomás: Palabra.

A Rovira y Virgili: Que se quite el impermeable.

A Alfredo Pallardó: Que se quite años.

A Eugenio D'Ors: Que se quite el hongo y lo de debajo.

A Mario Aguilar: Que se afeite el bigote mosqueteril y se haga germanófilo.

A Sala, el de los bares: Que no inaugure ninguno más.

A los urbanos del nuevo uniforme: Que se chinchén.

A Flota: El fracaso de Lázaro.

Al "Orfeó Catalá": Vendrell.

A Vendrell: El "Orfeó Catalá".

A Gorgé: Una lata de "Recuerdos de tu familia".

A Ricardo Fuentes: Que tenga presente el proverbio de que "Al que sea malo Dios le castigará".

Y no seguimos. Tenemos todavía un cesto de regalos, pero no queremos darlos a la publicidad—ni a "La Publicitat", ni a "Las Noticias", ni al "Ciero"—. Baste saber que a nosotros los Reyes nos han traído larga vida. Y cuanto más larga mejor.

LOS HOMBRES Y LAS COSAS

NOTAS DE ESTÉTICA

Cartas de poeta

No es la literatura española, sin duda alguna, de las más ricas en buenos ejemplos de cartas. Y de las que se publican bajo la rúbrica de "género epistolar", suele verse, con harta frecuencia, que fueron escritas para ser publicadas como modelos de tal género epistolar. ¿Quién no advierte en las "Letras", de Fernando del Pulgar, consejero, secretario y cronista que fué de los reyes católicos D. Fernando y doña Isabel, que son un ejercicio literario antes que otra cosa? Aquella tan concisa y conceptuosa carta de pésame que escribió en enero de 1479 al cardenal D. Pedro González de Mendoza, por la muerte de su hermano D. Diego Hurtado de Mendoza, duque del Infantado, ¿no supone un largo y complicado borrador, lleno de tachaduras y de condensaciones?

El primer gran epistológrafo español en orden de tiempo, y acaso de calidad, es Lucio Anseo Séneca; pero las 124 epístolas morales—repartidas en veinte libros—de Séneca a su Lucilio son, más que cartas, pequeños tratados morales, para el público, y no muy diferentes en intención de las epístolas de San Pablo. El Lucilio de Séneca hace el mismo papel que el Tito o el Timoteo del Apóstol epistolar de los gentiles; las cartas de Séneca a Lucilio son tan encíclicas y aun tan ecuménicas como las de San Pablo a Timoteo y a Tito. Es más: Séneca promete a su Lucilio un renombre duradero, por ser su correspondiente: "possum mecum duratura nomina educere", puedo llevar conmigo renombres duraderos, le dice (carta 21).

Las cartas de Santa Teresa de Jesús ya son más de verdad cartas, y en muchas de ellas, por lo menos, no se ve que su autora tuviera presente al escribirlas el que habrían de publicarse alguna vez. De aquí su estilo coloquial y verdaderamente íntimo.

En el volumen XV de las Obras de José Martí, el gran apóstol de la independencia civil de la República de Cuba, su patria, se han publicado cartas, unas verdaderas cartas. El volumen se titula "Cuba", y las cartas todas se refieren a la lucha que por su independencia civil y política sostuvo la patria de Martí. Lo que no quiere decir, ¡claro!, que Martí, hijo valenciano, renegara de España. "Por la libertad del hombre se pelea en Cuba—escribió—, y hay muchos españoles que aman la libertad". Y añadía: "A los que no saben que esos españoles son otros tantos cubanos, les decimos: ¡mienten!"

Las cartas de Martí son verdaderas cartas brotadas espontáneamente e improvisadamente del corazón y escritas al correr de una vida vertiginosa, y tal vez alguna sobre el arzón del caballo. "Con mi mano por mesa le escribo, ya a las dos de la noche", le decía Serafín Bello, y nótese que en esa frase espontánea hay dos versos, uno de diez y otro de siete sílabas. "Le escribo en el tren", dice otra vez, y en tren escribía. "Montado en un relámpago le escribo". "Sin brazo, del pulmón que no quiere servir"; pero esta misma carta, muy corta, acaba diciendo: "Yo tieso y queriendo mucho". "Muertos de cansancio", se declara alguna vez; o bien dice: "los dedos se me quejan"; y en esta carta, también corta, en que se queja de los dedos, termina: "Sáquese una página del corazón. Demos de nuestra sangre, si sirve de riego". "En los vientos de Ocala, que es un cesto de luz, le pongo estas líneas", dice otra vez; pero hay cartas, las más reposadas, y las menos cortas, escritas desde Nueva York, "tan inhumano y triste". "Viví en el monstruo y le conozco las entrañas", decía de los Estados Unidos del Norte, "revuelto y brutal".

Martí no disponía de tiempo que dedicar a hacer sus cartas más cortas, más artísticamente cortas; necesitaba su tiempo—que tampoco era suyo—para otra cosa que para alambicar sus cartas con concentraciones conceptistas. Y, sin embargo, sus cartas son, por lo general, muy cortas, muy concisas, de estilo alas veces telegráfico. ¿Cómo así? El mismo nos lo dice al principio de una de ellas, al decir: "Esta no es la carta que le quiero escribir". Lo que no significa otra cosa sino que esas cartas se las dictaba la inspiración inmediata y espontánea del momento, y no la reflexión madurada. No eran las que creía "querer" escribir, pero eran las que escribía y las que, en realidad de verdad, "quería" escribir. En esa frase de "esta no es la carta que le quiero escribir, va implícita toda una doctrina de la inspiración poética, no muy diferente de la que Platón nos expone en su diálogo "Ion". Las cartas que Martí escribía solían no ser las que él, el Martí político, no quería escribir, pero eran las que su genio poético—y también político—le dictaba. Porque las cartas de Martí son cartas de poeta. De poeta y no de orador. Las cartas de los oradores suelen ser discursos pequeños.

Los poemas escritos de Martí, a su vez, sobre todo sus maravillosos poemas en verso libre, tienen mucho de cartas íntimas. También esos poemas son improvisados, como los de Walt Whitman. Y a su improvisación no empece el que alguna vez repasara alguno de ellos, pues no sería para corregirlo o limarlo, sino para quitar algo o para añadir alguna nueva improvisación. Todo depende de si el parto es ovíparo o vivíparo. Hay quien es incapaz de retocar lo que una vez hizo; mejor que repasarlo, hacer otra cosa de nuevo. En barro se retoca, se quita, se pone, se cambia, se recorta, se redondea; pero en bronce no cabe sino refundir, y refundir es hacer

de nuevo. (No siendo, acaso, en ese miserable género que llaman en el teatro refundiciones.)

Las cartas de Martí, donde a menudo se encuentra versos, abundan en frases poéticas, de una concentración grandísima. ¿No es acaso característico de la poesía llegar a la máxima concentración? Cuando la expresión se identifica con la idea; cuando la forma de ésta es su fondo mismo, su cuerpo—piel, carne y hueso—, y no su vestidura, entonces se llega al sumo de la concentración, y no cabe decir aquello en menos palabras, porque no cabe decirlo en otras.

En las cartas de Martí hay más poesía, más intimidad que en sus discursos. Es que en sus cartas hablaba alma a alma. Cuando se nos pregunta por qué los oradores suelen ser tan poco poéticos, tan poco íntimos, contestamos que el poeta, el escritor, puede y a las veces suele dirigirse a cada uno de sus lectores, mientras que el orador se dirige al conjunto de ellos, a la masa, al público. Y no es lo mismo. Lo que explica también el poco éxito del lirismo en el teatro.

Hay discursos, sin embargo, que parecen cartas íntimas o poemas. El discurso de Abraham Lincoln en el Cementerio Nacional de Gettysburg, el 19 de noviembre de 1863, no es menos poético que cualquiera de sus más poéticas cartas. Y entre las de Martí hay una dirigida a su madre, el 25 de marzo de 1895—antes de dos meses después fué muerto—, pidiéndole su bendición: "y crea que jamás saldrá de mi corazón obra sin piedad y sin limpieza", que es una de las más grandes y más poéticas oraciones—en ambos sentidos del término oración—que se puede leer en español.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Un libro encuadernado con piel de mujer

EL FAMOSO EJEMPLAR DE "LE CIEL ET LA TERRE", DE FLAMMARION, ENCUADERNADO EN LA PIEL DE LOS HERMOSOS HOMBROS DE LA CONDESA DE ST. ANGE, QUE DIERON OCASION A UN GALANTE PIROPO DEL QUE DESPUES FUE EDUARDO VII DE INGLATERRA

En la biblioteca de Flammarión había un libro titulado "Le Ciel et la Terre", obra traducida a todas las lenguas, y este ejemplar único tenía el privilegio de no ser jamás tocado por otras manos que las de su dueño.

La cubierta es de un color blanco brillante, satinado, soberbio, mientras que las hojas se hallan impresas en el más fino papel color rosa, y el filo de las mismas salpicado de estrellas doradas.

Sobre la blanca piel que cubre el libro, Flammarión mandó grabar en letras de oro: "Souvenir d'une morte" (Recuerdo de una muerta).

Este libro está íntimamente relacionado con la que fué inspiradora de Flammarión, la condesa de St. Ange.

Muy joven la condesa, y una de las mujeres más hermosas de su tiempo, por razones de conveniencia fué sacrificada a un hombre, treinta años más vieja que ella.

Pero, antes de que se celebrara esta desigual unión, la condesa había dado su corazón a un joven, apuesto doncel, aún en rango y en fortuna.

Casada la condesa, gozando de la más alta posición social, reinó con una verdadera soberanía en la sociedad parisina, mientras que su amado, paso a paso, fué escalando la cumbre del mundo, que vale más que todas: la sabiduría.

De la condesa, sus numerosos admiradores dijeron siempre que en vez de corazón, llevaba mármol en su seno; pero no era así, ya que, años después, cuando Flammarión, ya célebre se reunió a ella, sus mentes ardieron en la hoguera del amor, aun cuando el idilio, netamente platónico, jamás pasó de allí.

Pero, aun cuando ellos no lograron amarse y reunirse, como era su deseo, la condesa fué la heroína de las obras que más gloria, fama y dinero dieron al poeta astrónomo. La condesa de St. Ange, en efecto, es la heroína de Urania, de Stella, fué la fiel y misteriosa compañera que alentó la vida entera del poeta.

Cuenta la historia parisina, que la condesa de St. Ange poseía los hombros más hermosos del mundo. Y fué por ello que el galante príncipe, que un día fué favorito de París y más tarde el coronado Eduardo VII, exclamara: "I could whisper a kiss on your fair shoulders!", que en buen romance quiere decir: ¡Qué diera para depositar un beso en vuestros hermosos hombros!

Murió la condesa de St. Ange en plena juventud y belleza, y un mes antes, presintió su triste fin.

Dos semanas justas antes de morir, envió a llamar a Flammarión. La encontró casi recostada en una "chaise-longue", teniendo a su lado a un hombre, a quien reconoció desde luego, como el más artista de los encuadernadores franceses.

La condesa saludó al poeta no como un amante, sino como una soberana del mundo.

—¡Me muero! ¡Mi fin llega, y esto, a pesar de lo que, por consolarme, dícame mi querido!—y agregó:

—Una vez yo vi, visitando la casa de Eugenio Sue, uno de los ejemplares de su famoso libro "Los Misterios de París" encuadernado en la satinada piel de un joven que había sido su inspiración, su más devota amiga. Desde entonces tomé la resolución definitiva de que, a mi muerte, cedería a usted la piel de mis hombros, con el exclusivo objeto de servir de cubierta a uno de sus libros y el que jamás será tocado por mano que no sea la de usted.

—¡Condesa—interrumpió Flammarión—jamás me perdonaría ser el causante de que, aún después de muerta, sufriese lo más mínimo vuestro maravilloso cuerpo!

—Mi resolución es definitiva, amigo mío, y en mi testamento está escrito que cualquiera de mis herederos que se negase a permitir el cumplimiento de mi mandato, sea desheredado sin más trámite.

Dicho esto, la condesa volvió lentamente la espalda, mientras Flammarión hundía el rostro en sus manos y el encuadernador, compás en mano, medía el exacto tamaño de la piel que el doctor de la condesa debería cortar, una vez fallecida aquella.

Catorce días después moría la condesa y a la mañana siguiente Flammarión recibía una carta del cirujano:

"Cher Maître: He cumplido con los deseos de la condesa, quien en vida no dejó de amar a usted un solo momento. Ella, antes de morir, me ordenó enviar a usted, al siguiente día de su muerte, "la peau de ses belles epaules" (la piel de sus hermosos hombros) y la que, como usted lo prometió, servirá para encuadernar un ejemplar del primer libro que usted publique inmediatamente después de su muerte. Acompañó a usted este "me cento mori", cher maître, como religiosamente ofrecí hacerlo".

Flammarión tomó en sus manos la piel de su adorada musa y a su vez hizo entrega de ella al más famoso curtidor de París, quien preparó con el mayor esmero una exquisita obra de arte.

Por aquellos días "Le ciel et la Terre" estaba por publicarse y, en tal virtud, fué un ejemplar de este libro, impreso ex profeso en papel rosa, el que reverentemente fué encuadernado en la piel de la condesa, como fueron sus últimos deseos.

Y, como se ve, la fina, perfumada, satinada piel de una bella condesa, la que fué comparada en vida a la rosa, a la lila, a la leche y el terciopelo, sirvió a la jostre para encuadernar un libro!

Por supuesto, que no este el caso único de la piel humana utilizada por diversos usos.

En Nantes, en el Museo de Historia Natural, se ve la piel de un soldado republicano, Like Zisca, asesinado durante la famosa Vendée en el sitio de Nantes, forrando un tambor de guerra, con el premeditado objeto de sembrar el pavor entre sus enemigos aún después de muerto.

El famoso Goncourt, en su "Diario", afirma de un inglés que, en viaje de caza por el África, recomendó a sus ayudantes guardasen la piel de una hermosa joven negra para encuadernar un libro; y sin ir más lejos, el marqués de Sade encuadernó un ejemplar de su libro "Justine", primera edición, de 1793, con la piel de una hermosa joven. Por muchos años también, en una librería de la Rue de Seine, fué exhibido un ejemplar de la hoy rara edición de "La Philosophie dans le Boudoir" del mismo marqués, encuadernada en la piel de una joven que debió ser morena, a juzgar por el color amarillento que tiene el forro de la obra.

En el catálogo de la Charconac Library, correspondiente al diez de enero de 1898, se lee: "Los Misterios de París", por Eugenio Sue, dos volúmenes encuadernados en piel humana, a doscientos francos cada uno. Y en el interior de estos libros se leía: Esta encuadernación fué hecha con piel de mujer, por M. Alberic Bataille, 1874.

El doctor Hippolyte Baunland, fundador de la Sociedad para la Colección de Libros en Artísticas pastas, posee un ejemplar de "Maladies of Women", encuadernado en la piel de una bella joven muerta en el Hospital de Nancy, cuando aquél practicaba allí la carrera de medicina.

Finalmente, un ejemplar de la "Vida de Jesús", de Ernesto Renan, se halla encuadernado en la piel de una joven muerta en el mismo hospital, de infección intestinal, y que fué un raro obsequio hecho por un hermano a su hermana, en el onomástico de ésta, 10 de enero de 1886.

Por lo demás, la piel de una mujer joven, una vez muerta, no sólo puede ser utilizada para encuadernar libros. Un francés, hombre de ciencia, ha catalogado recientemente todo lo que encierra un cuerpo de mujer, del peso medio de 65 kilos. A saber: puede proporcionar carbón suficiente para fabricar hasta 65 gruesas de lápices, fósforo suficiente para hacer unas 820.000 cabezas de cerillas; cincuenta gramos de hierro, suficiente para manufacturar unos siete limpiapiñas de tamaño "standard", grasa para fabricar hasta seis kilos de velas; cien gramos de azufre; el décimo de una cucharada de sal; 7.750 gramos de calcio y suficiente azúcar para endulzar hasta 20 tazas de café amargo.

¡Y ahora crea usted a los cínicos que afirman que la mujer no sirve para nada!

Al contrario, con Francisco Violón, puede afirmarse que el exquisito cuerpo de una mujer es verdaderamente precioso.

CRITICA Y COMENTARIOS

El viajero y la nostalgia

El hombre vive aguijoneado constantemente por la ansiedad de viajar. Así como después de algunas horas de estar en casa, entregado a las tareas habituales, siente la necesidad de salir, de vagar, de contemplar distraidamente las cosas de la calle y mezclarse a su agitación, del mismo modo experimenta el anhelo de abandonar por un tiempo el sitio en que reside. El deseo de lo desconocido lo impulsa a buscar en las tierras lejanas algo que rompa las reglas de su existencia monótona. En la ciudad extraña ya no será la persona sometida a las costumbres que lo rigen, a los usos que forman su ley. Allí dejará de ser la partícula sumisa de una comunidad, el ente gregario, para convertirse deliciosamente en el individuo de voluntad libre, de reacciones espontáneas, para seguir tan sólo la curva sinuosa de su fantasía. Y lo que alucina al hombre, que es la sed de aventura, el afán del minuto desigual, se le presenta bajo aspectos de realidad atraente. Lo ilusorio se torna accesible a sus ojos. Su alma se vuelve ligera como una hoja, porque al peregrinar por los lugares distantes, en medio de gente que no es de su grey, pierde el sentido del deber y de la responsabilidad con que lo une al núcleo en que ha nacido y en que se ha desenvuelto el instinto societario de que está hecho. ¿Qué le importa el suceso grave o trístico que presencia como transeúnte? Ha venido hoy y se irá mañana y asiste a lo que ve con melancolía indiferente con que leemos en las lápidas de los sepulcros los nombres que nada evocan en nuestros recuerdos. Los conflictos no mueven su espíritu, no sacuden su pensamiento y su conciencia con el choque fuerte que le producen en el propio país. Nadie le conoce; nadie mide sus pasos ni recoge el eco de su voz. De esta manera, al apartarse de la playa natal, el alegre tumulto de la cubierta del barco le anticipa el goce de la vida organizada para obedecerlo y le proporciona una visión artificial de un mundo cómodo, sin la aspereza aristocrática del ambiente de que se separa y en el cual todo actúa en torno suyo como por la presión de resortes dóciles: es el protagonista de una fábula de "Las Mil y una Noches", pues con el talismán de su dinero, los genios laboriosos y obsecuentes le sirven con parsimoniosa fidelidad. Ya no necesita doblarse sobre su duro trabajo ni ocuparse fatigosamente de los asuntos complicados o enervantes que constituyen su faena de ser arraigado en un trozo fijo de suelo, posee la servidumbre infinita que espera su gesto para cumplir sus órdenes, que espía su intención y que se esfuerza en adelantarse a su palabra. Al subir al transatlántico su personalidad se desvanece y se transforma en un número anónimo que lo integra a la familia internacional de los viajeros y le asegura el derecho de sobreponerse a los lineamientos constrictores de la moral, de las obligaciones consuetudinarias, a la crítica de sus actos. Guiado por su imaginación, librado a las bruscas variaciones de su sensibilidad, encuentra en el albedrío continuo el placer de una independencia para manifestarse en sus ideas y en su conducta que buscaríamos en vano en el que está amarrado a su refugio y comparte las vicisitudes turbulentas o amargas del espíritu sedentario. Se advierte con frecuencia en el juicio del viajero una libertad que confina en la paradoja. Juzga los acontecimientos sin prejuicios ni ligaduras con los intereses o las pasiones que engendra el apego a la sociedad. Aprovecha las ventajas de las civilizaciones diferentes, substraéndolas a sus deficiencias y a sus deformidades, como un gran señor que hojea la vida con una mueca displicente. Es la impresión que nos dan los que vuelven de más allá del mar y es la impresión que hallamos en los libros de los que en las edades diversas han recorrido las regiones ignotas y han visto las guerras, las religiones, los hábitos con la curiosidad superficial del que observa, apoyado en la borda del buque, la cinta árida o pintoresca de la ribera.

Esa inquietud de los viajes ha estremecido siempre el corazón de los hombres. Migratorios como las aves, han tenido que variar de clima y de zona en las épocas en que la tribu no se agrupaba en recintos forjados para defenderse y para prosperar. Y en el fondo torvo de su ser ha subsistido el germen preterito del vagabundo azorado que hoy estimula el espectáculo de la existencia culta con atracciones renovadas y que la inteligencia refinada enaltece con las virtudes químéricas que atribuye a lo que nos saca de la semejanza inalterable de los días. Pero la felicidad del viajero termina en el instante en que la imagen de su país empieza a reflejarse sobre los objetos que lo rodean en su itinerario agradable de visitantes. Llega el momento en que la ciudad, o la aldea de que procede proyecta su lámina borrosa sobre la avenida magnífica en que se pierde al atardecer, sobre el vasto vestíbulo del hotel, sobre la dulzura de lo que más persigue, que es la realización sin obstáculos de su libertad. Es la nostalgia que comienza a roerlo. Mientras departe gratamente con la mujer que un recodo del camino lo entregó como una ofrenda maravillosa del azar, piensa en alguna efígie olvidada, que había lividecido en su memoria y mientras se asombra ante los viejos monumentos, ante los edificios magníficos, ante la inmensa acumulación de poesía y de historia que los pueblos ingeniosos elaboraron en pesados siglos de penuria y de sangre, su voluble recuerdo precisa con sabrosa deleitación la costa que se hundió en la niebla al partir con el júbilo del que se salva de una prisión. Es la patria que se nos aparece con su potencia ancestral de retención, con su uniformidad perceptible de ser identificada a nuestro ser

y nos reclama con su imperio tranquilo, co nel jugo nutritivo, sutil y profundo, que infundió en las invisibles arterias de nuestra mentalidad y de nuestra sentimentalidad.

Se nos presenta en los sueños y revive en la fantasmagoría confusa de las tinieblas nocturnas las escenas de la infancia o se nos revela en su belleza escondida y múltiple. Entonces comprendemos que no nos es posible libertarnos de su activo llamado. Se ha escurrido por nuestras venas, su aire ha penetrado en nuestros pulmones, su paisaje alegre se ha vuelto una corteza de nuestras pupilas. El misterio nativo nos domina, nos gobierna y pone su acento múltiso en el acento que modulamos. ¿En qué consiste ese fenómeno de encadenamiento inmaterial, más vigoroso que el atractivo del paraíso fortuito que nos suministra la facilidad de la ruta ensoñada? No es la noción puramente conceptual de la nacionalidad, no es el sentido comparativo de las comodidades, del progreso, de las ventajas. Eso viene de más adentro, eso viene de más lejos y se comunica con las ignoradas tendencias del hombre, que ahonda instintivamente la diferenciación de los grupos sociales por razones ocultas de simpatía o de similitud. Los que conciben la sociedad como una estructura teórica y ajustan su desenvolvimiento a causas esencialmente positivas, por ser las más perfiladas y las que con más vehemencia se contornean en la superficie de los acontecimientos, tienen en la nostalgia del viajero un documento que desvirtúa en lo que a la idea de la patria se refiere, la perentoria afirmación de su doctrina. La patria no es el territorio, no es el Ejército, no es el movimiento peculiar de su legislación o de su economía. Es eso y es algo más que está fuera de lo asible, que se substraee a la coerción de las fórmulas filosóficas y que radica, probablemente, en la ley que plasma la fisonomía física y moral de la raza. Quizá venga del idioma, de la esperanza compartida, del sufrimiento endurado en la inconsciente solidaridad de la masa homogénea que define la coherencia de cada conjunto humano. ¿Por qué no soñamos en lengua extranjera? ¿Por qué no lanzamos el grito de indignación o de regocijo en los vocablos que hemos aprendido friamente como una ciencia? Así como recurrimos para la confianza a la madre, a la esposa, al hermano, es decir, al amigo, así recurrimos a la lengua inmemorial para expresar lo perdurable y lo fugitivo que nos dicta la fatalidad del destino. Serán, acaso, los cánticos que nos han mecido, la gravitación invencible de lo que hemos dicho por primera vez; acaso sea la comunicación inexplicable que sostenemos con el suelo que nos da ritmo y color, mas, lo cierto es que no nos salimos de la red con que nos envuelve sin haber roto antes los vínculos que individualizan al hombre viviente y sin haberlo convertido en un naufrago.

Yo también me encontré alguna vez apartado de Buenos Aires y había cedido, como es frecuente en el argentino, al ansioso impulso de conocer las capitales deslumbrantes en que las generaciones creadoras aglomeraron las artes delicadas, las industrias finas, los móviles de la voluptuosidad. Y anduve, suelto y despreocupado, por los lugares en que los panoramas raros hablan del artista y los objetos curiosos producen el entretenimiento móvil de los espíritus discurridores. Peregrino erudito de las Naciones de vetusta tradición, gocé lo bello con el encanto del que comprueba en lo real y en lo palpable la evidencia de lo que construyera al margen de las lecturas, en la divagación fantasiosa, en la meditación turbada del que crea los prodigios de las islas que surgen en la mente del hombre sensible. En París, bajo los castaños de opulenta capa, y en Berlín, bajo los tilos plateados de nieve, en Leipzig y en Darmstadt, en cuyos parques canta el ruiseñor en el delirio embrujado de la luna, sentí la dicha de no deberme a ninguno, de no atarme a nada y de ser, como el pájaro y como el viento, un sonido voluntario en la distancia, un deliberado trasunto de mi voluntad orgullosa. Pero mi alma no tardó en cubrirse de sombras. En medio de la muchedumbre neutral ante mi vida, en medio de las metrópolis sujetas a mis placenteros deseos de excursionista, apagada mi trémula actividad para saber, para averiguar, para emocionarse, me puse a pensar en la patria, en la ciudad sin secretos para mí, sin recelos para mi espíritu y que me ofrece en su familiaridad doméstica la certidumbre del amparo, de la pena, de la fe en lo que soy y en lo que son conmigo los demás hombres, que hablan como yo hablo y con los cuales tengo de común el acuerdo y la disparidad, el interés de combatirlos, de unirme a ellos, de fundirme en su aliento múltinime. ¿Qué soy yo en Londres, en París, en Berlín? Soy el viajero, el que lleva por denominación la cifra del cuarto del hotel en que pernocto, el ser inexpresivo y egoísta para quien Londres, París y Berlín son escenarios batidos para divertirlo en su ocio elegante de trotador de la tierra. Me gusta viajar. Quisiera ser rico para transitar por la feria del mundo. Detenerme donde me sorprenda la caída de la noche y desarrollar, sin impaciencia y sin cansancio, mi faena de enhebrador de palabras. Visitaría a menudo las ciudades ilustres, los centros venerables, mas, sería para retornar a los lares patrios con renovado fervor, para saborear en el rincón en que reposaré en el reposo sin fin, la vida fuerte y nerviosa, la vida rica y plena del ser con adherencias potentes, donde lo que hacen y lo que dicen los que me rodean repercute en mi corazón como si fueran sus latidos. Nosotros, los argentinos, tenemos otro motivo, individual y humano a la vez, para que ese vínculo sea más recio y más despótico. Nos sabemos, no ya los habitantes de un país, sino sus constructores. Podemos sentir hondamente la ilusión de que fuéramos en su aspecto, de que mo-

LOS GRANDES ESCÁNDALOS

Un príncipe acusado de malversación de fondos públicos

El príncipe heredero del trono de Rumania ha renunciado a sus derechos de sucesión.

¿Recordáis a este príncipe gentil de leyenda? Carol de Rumania es un muchacho alto, fornido, simpático, de mirada clara y de risa comunicativa. Y el príncipe Carol es un sentimental.

Hace unos años, muy pocos, el heredero del trono de Rumania contrajo matrimonio con una linda damita de la corte, Alice Lambriu, hija del general de este apellido. Y aquel matrimonio celebrado en secreto, fué más tarde disuelto por imposiciones palatinas.

Al príncipe se le obligó a desposar a la princesa Elena de Grecia. Y, ahora, el príncipe ha pedido la nulidad de este último matrimonio, para volver a los brazos de la única mujer que supo hacerle amar.

El príncipe Carol es "todo un hombre"—según la conocida frase de Unamuno—y ha renunciado al trono, a la vida reglada en el palacio de sus mayores a honores y preeminencias, pensando solamente en Alice, la burguesita sin sangre azul pero con sangre ardiente.

En su democratismo ayudaron al príncipe el jefe del partido popular y el ministro de la Guerra. No bastaron tales apoyos. La nobleza, la camarilla palaciega, los prejuicios de las gentes apegadas a todo lo caduco, a todo lo arcaico, han vencido en su alianza con Bratianu, el jefe del gobierno rumano.

Al príncipe Carol le ha sido aceptada la renuncia a sus derechos de sucesión al trono de sus ascendientes.

Pero la aristocracia rumana no se ha dado por satisfecha con el destierro del príncipe que todo lo sacrifica a su amor. Y ahora le persigue con su baba y sobre ese idilio que pudo más que un trono, intenta verter el cieno de un escándalo acusando al ex príncipe heredero de irregularidades administrativas en complicidad con su viejo amigo, Maderesco, el dimitido ministro de la Guerra.

Los diputados del gobierno rumano, la prensa afecta al partido que hoy rige los destinos de aquel país, han lanzado, han concretado ya sus acusaciones.

"El príncipe Carol—dicen— y el ministro de la Guerra, han dilapidado los bienes del país en provecho propio, concertando compras ruinosas a importantes fábricas de petrechos de guerra y de aviones."

"No nos importa—siguen diciendo—que el príncipe quiera a una plebeya; pero es intolerable que el país deba costear sus caprichos y sus francachelas."

De otra parte, la desfeñada princesa griega ayuda a la campaña contra su ex esposo.

Y el escándalo de este "affaire" sensacional resonará aún mucho tiempo en toda la prensa del mundo.

Pero el príncipe no se inmuta. Y mientras su amigo y cómplice—según sus acusadores—dispónese a acudir al Parlamento para defenderse y defender a su príncipe de las graves imputaciones que se les hacen, el príncipe Carol ha refugiado, en las poéticas orillas del Adriático, el gran amor que le inspirara una mujer que no tiene sangre azul.

ESTE NUMERO HA PASADO

POR LA PREVIA CENSURA

ificamos su textura, lo embellecemos y lo mejoramos. Somos sus colaboradores tenaces. No le somos indiferentes. Si dejamos caer los brazos en la inercia, somos sus enemigos; si nos anima el frenesí generoso en lo que desempeñamos, sea esto humilde e ignorado servicio o señalada función, somos sus diligentes obreros. Lo m leamos con el agrado que hendimos en el surco con la página fugaz que escribimos, con el utensilio que fabricamos. Y esa sensación de ser alguien, esa creencia de que el porvenir de la colectividad emerge de nuestras manos, de que somos células que las demás células requieren en su asociativo funcionamiento, afila y fortifica la energía fecunda del argentino, que ha hecho una patria amable, la ha despojado de los enconos agresivos de las patrias seculares, la ha plasmado en el ideal de su vivir pacífico y le ha dado la hospitalaria cordialidad del pan caliente. ¿Queréis de este pan, viajeros entristecidos del mundo? ¿Queréis asentaros en vuestra inestabilidad y repartiros con nosotros el suelo profano y el cielo clemente? Yo tengo para vosotros el terrón de tierra que os apretará con dulces garfios, el techo fraternal, el buen abrigo. Viajeros cansados que perdisteis la fortuna de experimentar la nostalgia de la patria nativa, que mudáis de países como un mendigo muda los umbrales, no tengo para vosotros una canción.

ALBERTO GUERCHUNOFF.



Blasco Ibáñez y su esposa, con el famoso artista Antonio Moreno, que fue a la Costa Azul a filmar "Mare Nostrum"

La silueta del novelista universal

Blasco Ibáñez ha pasado un mes en París. Cada año, cuando la "Cote d'Azur" se ve más poblada; cada año cuando el frío aprieta y los bulevares de París tienen todas las características que deben tener para que a Blasco le sea París, Blasco Ibáñez, el novelista español que ha alcanzado más fama y popularidad por encima de sus fronteras, de su patria, llega a París, montado en su magnífico auto norteamericano. Esta vez llega acompañado de su nueva esposa. Como siempre, su auto se detiene frente al Hotel del Louvre y toma la misma habitación. Una habitación alta que da frente a la Avenida de la Opera y que tiene por fondo el edificio de la Opera. Es un paisaje urbano magnífico que a Blasco Ibáñez le gusta mucho. Cuando llega Blasco a París, todos los escritores, todos los editores, todas las periodistas norteamericanas pasan por su cuarto. Tras un representante de una agencia de cien diarios estadounidenses, pasan Max y Alex Ficher; tras éstos, Henri Duvernois; tras éste, Paul Reboux; tras éste, algún secretario de Calman-Levy... Cuando no artistas cinematográficos, "producteurs" internacionales o modestos admiradores que traen un envoltorio debajo del brazo y que vienen a solicitar una firma del autor de "Los cuatro jinetes...", Blasco Ibáñez es un hombre meridional. Se levanta, se pasea, se viste, se desviste, se cambia la corbata y busca unos zapatos que hagan juego con su pantalón; da cuenta órdenes y pide seis diarios... Es una actividad permanente, es un vértigo que da optimismo a cuantos le rodean y les inyecta fuerzas para que trabajen... Blasco Ibáñez es una conversación permanente, un diálogo interminable y que uno lamenta tener que cortar para ir a comer, a cenar o a dormir. Baraja los recuerdos, las personas, las ideas, las imágenes... Tan pronto habla de las maravillas de Benarés como de un recuerdo personal de Pl y Margall; explica como escribió tal o cual novela y los apuros que pasó un día para recoger dos poemas... Luego comenta, pregunta por este escritor, por aquel político, señala una novela a escribir y expone una teoría económica... Sonríe, muestra los dientes menudos, pasa suavemente la lengua por el labio superior y agita su monóculo que ballotea sobre su abrigo gris.

Durante este mes Blasco Ibáñez pasa revista a todo el mundo. Después vuelve a la "Cote d'Azur" y permanece en ella durante un año, si es que no se lanza a realizar otro largo viaje para descubrir nuevas costumbres de civilización, nuevos paisajes, nuevos hombres. En París, a pesar del rebullicio y de la inquietud, procura reglamentar su vida, para poder trabajar. Pasea por las mañanas debajo de los porches de la Place Royal y charla con su interlocutor...

—Mire usted: Cuando yo era joven conocí a una mundana que era la amante de un noble ruso y que tenía por gigolo a un estudiante revolucionario. Era curioso... El pobre estudiante tenía que vivir, en ciertas épocas, de lo que le daba la mundana. Y la mundana percibía ese dinero, naturalmente, del noble ruso, amigo o pariente del Zar. Incluso parece que parte de ese dinero que le dio sirvió para que el estudiante pudiera realizar un viaje a Rusia y tomar parte en una revolución... Ahora estos tres personajes viven en la "Cote d'Azur". Y han cambiado de suerte. Con la revolución, el noble ruso se ha arruinado y ha pasado a ser el amante de corazón de la mundana sentimental, mientras que el antiguo revolucionario, que es hoy un personaje de la Rusia soviética, es el amante oficial, el que paga.

—Esto es una novela, don Vicente.

—Claro, claro... Es una novela que escribiré. ¡Si ya la tengo planeada!

Siguimos el camino. Una madre que acompaña a la niñera que lleva a un hijo metido en un carrito, se vuelve a nuestro grupo para decirse a sí misma:

—"C'est monsieur Blasco Ibáñez!"

Por todas partes oímos la frase. Las modistillas, las mujeres, los hombres, todos conocen la silueta atlética y la aguda del novelista valenciano. Todos le señalan o le nombran al pasar. Es enorme la popularidad que tiene este hombre en París. Acaso es el novelista extranjero más popular en París.

Se inicia el diálogo

Eran cerca de las dos de la tarde cuando terminamos el almuerzo. Habíamos comido juntos, un poco apartados del barullo cosmopolita del gran salón del hotel. Estábamos reunidos Blasco Ibáñez y su señora, el novelista Louis Dumur, el joven escritor Jean Cassou—gran amigo de España—y yo.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ EN PARÍS

SU VIDA, SU OBRA Y SUS IDEAS

CARLO ESPLÁ

—¿Qué prepara usted, Dumur?—pregunta Blasco Ibáñez.

—Voy a terminar con unos libros sobre la revolución rusa mi serie de novelas de la gran guerra... Mi próximo libro se titula: "Dios protege al Zar".

—¿Cree usted que hubo realmente protección?—comenta irónico Cassou.

—Eso es lo que pregunto en mi libro—replica Dumur—. En la novela siguiente describiré la vida de los emigrados rusos en Europa.

—Venga usted a la Costa Azul—dice Blasco—. Verá usted personas curiosísimas... Es un mundo extraño, notable... Una vez...

Una maravillosa palabra de Blasco Ibáñez

Y, a partir de aquel momento, es sólo Blasco Ibáñez quien habla. Cuenta la vida de los grandes duques arruinados que se emplean en los oficios más humildes, que recurren a mil expedientes antes de reconocer su ruina y decidirse a trabajar...

—Si yo fuera un "anob"—continúa el glorioso novelista español—podría darme el gusto extravagante de tener una servidumbre toda de príncipes, generales, duquesas y diplomáticos, dejándoles cesantes por la revolución... Ya ven ustedes, yo, un republicano, amigo de los republicanos y socialista ruso que estaba desterrado en París cuando yo vine aquí por primera vez... Ahora podría tener como criados a "nuestros" enemigos de entonces...

—¿Y por qué no lo hizo usted?—preguntamos.

—Por no humillarlos... y, además, porque creo que serían pésimos servidores. Pero, ¡si quisiera!... Una duquesa vino a ofrecerse como cocinera, un coronel de Estado Mayor como chófer... Antes habían venido a contarme historias, a ofrecerme el relato de sus vidas como argumentos para mis novelas... Pero los rusos no son como nosotros... Yo los conozco bien... Soy todavía uno de los pocos escritores de los que llaman "burgueses", que sigue siendo leído y editado en la Rusia actual... No cobro nada, naturalmente... Antes, en tiempos del zar, tampoco... Kerenki es amigo mío... Un día hablamos de los rusos... Le referí cosas que me han pasado con ellos... Kerenki se moría de risa al ver mi extrañeza ante aquellas extravagancias que para un ruso son la cosa más natural del mundo. Yo no comprendí bien la literatura rusa hasta que conocí sus tipos en la realidad. Creía al principio que eran los autores quienes estaban locos. Después, vi que eran los personajes los que tienen una cordura diferente a la nuestra. Yo explicaba a Kerenki lo que es a mi juicio el cerebro de un ruso. Kerenki lo aprobaba con gran regocijo... Es como un guante de la mano derecha... Se lo pone uno y va bien. Pero llega un ruso y le da la vuelta... Aquello sigue siendo un guante, indudablemente... Lo nífico, es que ya no sirve para la mano derecha, sino para la izquierda... Pero es el mismo guante... Había usted con un ruso y le oye decir: dos y dos son cuatro... ¡Magnífico, exclama uno; este ruso piensa como yo... Y cuatro son ocho, exclamaba el ruso... ¡Bravos! esto va bien... Y ocho, diez y seis... Hasta aquí todo va bien... Pero, luego, añade: y diez y seis, mil trescientos quince... Pero, hombre, ¿cómo es eso?... Es que ya ha salido el ruso, el personaje de Dostoyevski... Y si uno hace la menor observación, el ruso dirá seriamente: ¡Nunca comprenderá usted este misterio. Usted no conoce el alma eslava!...

Dumur oía extrañado esta nueva Rusia que le descubría nuestro novelista.

Blasco Ibáñez y sus ideas sobre la muerte

Preguntaba hace pocos días un periodista en trance de hacerle una entrevista a Blasco Ibáñez:

—¿Tiene usted miedo a la muerte?

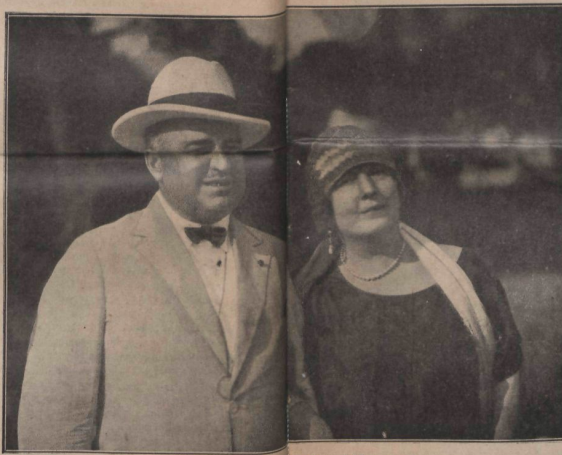
—No—respondió vivamente el escritor—. Me aterra únicamente que pueda yo tener una muerte dolorosa y lenta. Esto, sí; sería horrible. Pero la muerte sin molestiar a los demás, sin sufrir uno mismo, no es cosa que debemos contemplar con horror quienes tenemos de la vida un concepto laico y serio... El temor a la muerte es cosa de los valientes... Tienen la terrible vanidad de no querer morir, de vivir siempre. Es un deseo insensato de inmortalidad... Tratan de buscar falsos consuelos en la religión... ¡Tan hermoso como es contemplar serenamente la obra maravillosa de la naturaleza!... Yo amo enormemente la vida y me alegraría continuarla aún bastante tiempo, pues creo que aquí termina todo, pero no temo esa forzosa desaparición de la muerte... El no temer a la muerte es fuerza de humanidad y buena educación... Si, sí, créame... De humildad, porque aspirar a la vida eterna es la prueba mayor de soberbia. ¡Tan preciosa creen su vida quienes temen perderla!... Y de buena educación, porque la vida es como un espectáculo que todas las generaciones tienen igual derecho a contemplar... ¡El espectáculo más hermoso!... Hemos de tener en cuenta que otras generaciones se han apartado para dejarnos ver lo que...

pasa por aquí... Nosotros tenemos que hacer lo mismo con los que vienen detrás... "Ahora os toca a vosotros", tenemos que decir con buena educación a nuestros hijos... Hacer otra cosa es parecerse a esos espectadores groseros que se suben en la butaca y molestan a los demás... Están llenos de espíritu religioso...

"Yo hubiera inventado la novela..."—dice

—¿Qué novelistas prefiere usted?—preguntaban un día a Blasco Ibáñez.

—Los que trabajan... Yo soy de un criterio muy amplio y



El ilustre novelista español, don Vicente Blasco Ibáñez y su esposa

de una admiración fácil... Admiro muchas cosas que no me gustaría que fuesen mías... Pero creo que en todos los novelistas se puede encontrar algo interesante... Algunos me creen unido espiritualmente a una época y a una forma de la novela que consideran ya pasados, y me juzgan en consecuencia, como enemigo de otras modas más recientes... Nada de eso... Ante todo, yo no soy un novelista de escuela, ni de grupo... Yo soy un novelista porque siento la necesidad de escribir... Hay quien le escribe porque otros han escrito antes que él... Yo tengo la seguridad de que si hubiese nacido en un país sin historia, sin literatura, casi sin habitantes, para hacer una vida salvaje, hubiese andado leguas y leguas de camino para referir a otro hombre mis impresiones, para hacerle el relato de lo que viese o imaginase... Yo hubiese inventado la novela sin saber que la inventaba, sólo por no morir con el remordimiento de reservar para mí solo la historia de cuanto pasase en aquella tierra que habitásemos... Creo que todos los verdaderos novelistas harían lo mismo y han sentido idéntica vocación... Hay otros, naturalmente, que hacen novelas, pero que no son novelistas, aunque sean excelentes escritores... También los admiro y los lo...

—¿Y qué escritores, entonces, son los que menos le gustan?

—¡Ah!, mire usted; de eso no suelo hablar... Nunca he ha-

blado mal de escritores ni he dado patentes... Me parece una equivocación que un escritor se pase la vida hablando mal de los otros... Los que hacen eso no tienen tiempo de hablar bien de ellos mismos, lo que resulta siempre más provechoso e inocente...

"París, la juventud, los años, el sol..."

—Le gusta a usted París?—pregunté recientemente al Maestro.

—Vengo una vez al año para ver a mis amigos y editores. Quizás me gustan... y me cansa. Necesito seguir un régimen de

jovenzuelos que a lo mejor son unos reaccionarios y estas chiquillas mal educadas...

Yo le decía que aquella sería la última y no sólo me ponía en libertad, porque se trataba de un desterrado político, sino que soltaba también a aquellos jovenzuelos "que a lo mejor eran unos reaccionarios"... Pero aqueño no era sólo París... Era también mi juventud... En cualquiera otra parte hubiera tenido la misma alegría... Ahora, sólo me encuentro bien en mi casa... en mi jardín... He realizado la ilusión de toda mi vida... Tener un jardín junto al Mediterráneo, poner en la biblioteca todos los libros que quiero, viajar cuando me encuentro bien de salud, escribir... ¡Para qué quiero más?... Dentro de pocos días regresaré a Mentón, a mi jardín... Por las mañanas, cuando me levanto, paseo por él... ¿Cuántas veces lo volveré a ver?, pienso... Y aunque me siento fuerte y con vida por delante, pienso que algún día lo veré por última vez... Y entonces me pongo a trabajar con más ánimos, con más alegría, para aprovechar la vida, para gozarme hasta la última gota... ¿Comprende?... Precisamente hoy, que hace aquí tanto frío, debe hacer en Mentón un sol maravilloso... Y hoy es un día que quisiera yo hacer una novela... Estará el mar quieto, tibio y brillante... Y aquí en París... Necesitaríamos tomar una copa de coñac para enternarnos... En Mentón no bebucamos... Lo tengo para que beban los amigos, sobre todo los americanos, ¡se hacen cada trago!... Pero a qui en París... no hay más remedio... Hoy está el día triste... Y en Mentón hará sol y yo estaría haciendo novela...

Como es Blasco Ibáñez

Don Vicente está en vena de hablar de sí mismo. Así, me dice:

—Yo soy un hombre de acción, que he hecho en mi vida algo más que libros y no puedo de permanecer inmóvil durante tres meses en un sillón, con el pecho contra una mesa, escribiendo diez horas por día. Yo he sido agitador político, he pasado una parte de mi juventud en la cárcel (unas treinta veces), he sido prisionero, me han herido mortalmente en duelos feroces, conozco todas las privaciones físicas que un hombre puede sufrir, incluso la de una absoluta pobreza, y al mismo tiempo he sido diputado, hasta que me cansé de serlo (siete veces); he sido un jefe de jefes de Estado, conde de Segovia, muy cerca de ese puesto que la atraviesa a veintidós metros de altura, al que el pueblo llama "el Viaducto" y desde el cual tantos despojos de la vida de Madrid han dado y dan todavía el gran salto a lo desconocido. Su patrona, por hospedar para uso de una bohemia cuya impemencia era el vicio menor, aplicaba a su clientela una tarifa tan baja, que se veía reducida—de tanto como se hacían esperar los pagos a pesar de lo barato de sus precios—a practicar en favor suyo una sutil prebendación, en virtud de la cual un huevo se transformaba en "breakfast", en media docena de "breakfasts". Era "la vela picaresca" del siglo XVII revidada a fines del siglo XIX, y se precisaría la pluma de Quevedo para bosquejar dignamente el cuadro de cierta noche de Navidad en que Blasco Ibáñez, entre el frío glacial de esa alta meseta de Castilla y en un Madrid espolvoreado de nieve que caía a ráfagas, se divertió en grande con sus compañeros de infortunio. Sólo que si uno ni otros se bajaron el embudo jamás aquella noche en los cafés adonde entraron. ¡De qué tenían miedo, pero, aquellos personajes de melodrama! Simplemente de mostrar su desnudez lastimosas. Estaban en mangas de camisa. Para poder, como los dichosos de este mundo, gustar alguna alegría en aquella noche consagrada, habían empuñado heroicamente sus chaquetas. Ponían en práctica un antiguo proverbio de allá: "la capa todo lo tapa".

dose siempre los mismos interlocutores, momificando el pensamiento con idénticas afirmaciones, nutriendose de los propios jugos, sin ver otros horizontes, sin moverse de la orilla junto a la cual se desliza la corriente de la humanidad activa."

Las distracciones de Blasco Ibáñez

No es Blasco un hombre de quien se hayan recogido anécdotas, a pesar de su vida intensa. Yo le he rogado que me contara varias anécdotas y el maestro ha burlado en su memoria para complacerme.

—Presenciando, en Buenos Aires, la representación de la comedia "La tragedia sur le lac", sacada de mi novela "Cafías y barro—dice D. Vicente—, me sorprendió tan gratuitamente la figura de una de los personajes secundarios, que exclamé, sin poderme contener: Pero, ¿cómo he podido yo omitir esa creación? ¡Hubiese resultado tan bien esa figura en mi libro!

Los amigos que me rodeaban, al escucharme, rieron sorprendidos mi ocurrencia, asegurándome que el personaje en cuestión aparecía perfectamente detallado en la novela. Y hasta me propusieron una apuesta, ante mis negativas. No he de decir que acepté, seguro como estaba de mi razón. ¡No iba a saber yo lo que había escrito en mi libro?

Por fin apareció un ejemplar de "Cafías y barro" y... perdí la apuesta. En la novela destacaba con todo el necesario relieve mi olvidado personaje."

Otra anécdota por el estilo—añadió Blasco Ibáñez—le puedo contar:

"Me habían regalado una interesantísima obra relativa a los edificios religiosos de México, que a la sazón yo visitaba. En el notable libro me llamó la atención un capítulo dedicado a San Francisco de Asís y leyéndolo ante algunos amigos, hube de comentar con mi franqueza habitual: "Estoy tan de acuerdo con todo esto, que diría precisamente esas mismas cosas si alguna vez me ocurriera escribir sobre el místico de Umbría. Es que hasta me parece haber leído ya antes esto alguna vez..."

Seguí leyendo, llegué al final del libro y... ¡me encontré con que el pasaje relativo a San Francisco había sido tomado de mi obra "En el país del arte"!"

La Capa todo lo tapa

Blasco Ibáñez fue, en los comienzos de su vida literaria, secretario de don Manuel Fernández y González.

Había encontrado asilo en un chiscón que pertenecía a una cauchera en ruinas que databa del siglo XVII, sita en la calle de Segovia, muy cerca de ese puesto que la atraviesa a veintidós metros de altura, al que el pueblo llama "el Viaducto" y desde el cual tantos despojos de la vida de Madrid han dado y dan todavía el gran salto a lo desconocido. Su patrona, por hospedar para uso de una bohemia cuya impemencia era el vicio menor, aplicaba a su clientela una tarifa tan baja, que se veía reducida—de tanto como se hacían esperar los pagos a pesar de lo barato de sus precios—a practicar en favor suyo una sutil prebendación, en virtud de la cual un huevo se transformaba en "breakfast", en media docena de "breakfasts". Era "la vela picaresca" del siglo XVII revidada a fines del siglo XIX, y se precisaría la pluma de Quevedo para bosquejar dignamente el cuadro de cierta noche de Navidad en que Blasco Ibáñez, entre el frío glacial de esa alta meseta de Castilla y en un Madrid espolvoreado de nieve que caía a ráfagas, se divertió en grande con sus compañeros de infortunio. Sólo que si uno ni otros se bajaron el embudo jamás aquella noche en los cafés adonde entraron. ¡De qué tenían miedo, pero, aquellos personajes de melodrama! Simplemente de mostrar su desnudez lastimosas. Estaban en mangas de camisa. Para poder, como los dichosos de este mundo, gustar alguna alegría en aquella noche consagrada, habían empuñado heroicamente sus chaquetas. Ponían en práctica un antiguo proverbio de allá: "la capa todo lo tapa".

EL ESCANDALO

Tiene concedida la exclusiva de venta en España y América a la Sociedad General Española de Librería, diarios, revistas y publicaciones, S. A. - Barcelona: Calle Barará, 16.-Madrid: calle Ferraz, 21 (moderno).-Irún: Ferrocarril, 20

Fotografía de Blasco Ibáñez y su esposa

ECOS E INDISCRECIONES

MORDISQUEOS

Nosotros no queremos líos; pero, debilidades humanas, nos encanta el escándalo.

El escándalo es o debiera ser la salsa de nuestro periódico.

Y puesto que muchas veces, "por causas ajenas a nuestra voluntad"—según el cliché que han estereotipado—no podemos dar salida a las cosas que tenemos en cartera para satisfacción y regocijo de los lectores que comparten nuestros afanes por saber e inquirir cuanto sea motivo de bulla, originalidad o refocilamiento, vamos a recoger una anécdota que pinta todo un carácter.

Están reunidos un actor y un autor.

El lugar no importa.

El actor está ligeramente decepcionado.

Ha recaído la conversación sobre la tacañería e ignorancia de los empresarios españoles.

No hay discrepancias entre los interlocutores.

El autor, un poco displicente, un poco escéptico, procura desviar la conversación. No le interesan los secretos de contaduría.

De pronto el actor, seguro de sí mismo y no muy al corriente de las leyes que nutren nuestro Código penal, con mezcla de ingenuidad y entereza, pregunta:

—Diga usted, mi amigo. En España, ¿qué castigo se impone al que rompe las narices a un hombre?

¿Qué está usted diciendo?

—¿Qué castigo...?

—Ahórrese la repetición. Le he entendido perfectamente.

Mas, la preguntita...

—Está clara, ¿no? Pues usted, mi amigo, va a desvanecer mis dudas.

—Le diré. Yo, aunque parezca extraño, no soy abogado.

—Y, por consiguiente, ignora las consecuencias de la libertad del boxeo.

—Tanto como eso...

—Entonces...

—Los mamporros administrados "tête á tête" generalmente se liquidan en el Juzgado municipal.

—¿Y la tramitación es cara? ¿Es modesta?

—Generalmente, todo acaba en un juicio de faltas.

—¿Sin encerrona?

—Cinco duros y un poco de árnicia para el magullado.

—¡Ah! Si es así, antes de salir de Barcelona voy a darme el gustazo de estropearle el físico a mi empresario.

—¿Con escándalo?

—O sin él. No me importa. Me gustan las acciones expeditas, a la americana.

—Pues, ¿duro y a la cabeza!

—Palabra.

Hasta aquí el diálogo.

Los "hechos" se relatarán oportunamente en la sección de sucesos de la Prensa diaria.

A nosotros que no nos tomen por testigos.

Ya hemos dicho que nos seduce el escándalo; pero no queremos líos.

#

A rejuvenecer tocan.

Después de Voronoff, el profesor Steinach.

Hasta ahora se creía que las glándulas de nico sólo devolvían, por afinidades de sexo, la perdida juventud a los hombres en plena decadencia fisiológica, y hete aquí que el profesor Steinach ha descubierto en Viena un nuevo método para rejuvenecer también a las mujeres.

Se acabaron los cutis arrugados, las manos sarmentosas y los cuerpos encorvados.

Nada de quitarse años de encima.

Las mujeres, con los extractos glandulares del profesor Steinach, se conservarán lozanas y apetitosas toda la vida.

Y la que dude, que haga la prueba.

Un viajecito a Viena, y a su regreso, se encontrará totalmente restaurada y en disposición de practicar todas sus funciones volitivas... y de las otras.

El mundo marcha.

Y el erotismo triunfa.

Con o sin estatuas desnudas en nuestra pudibunda plaza de Cataluña.

#

Otro que tal baila.

Aunque no al son que le tocan.

Un biólogo americano, el profesor Albert Wiggam, acaba de publicar un tratado, en el que dice que la fórmula mágica o la receta maravillosa para producir el hombre perfecto, el superhombre, depende de que las uniones de sexos estén racionalmente compenetradas. Hay que ir a la selección de la especie humana.

Y, claro está, en el acto ha salido quien ha querido pasar de la teoría a la práctica.

Una célebre danzarina norteamericana, enamorada de la

tesis del doctor Wiggam, ha elegido al célebre dramaturgo inglés Bernard Shaw, como sujeto de experimentación.

La actriz ha escrito la siguiente carta al humorista inglés:

"Usted es, actualmente, el cerebro más notable del mundo. Y yo paso por ser una de las más bellas mujeres de hoy. Conforme a los principios del profesor Wiggam, sería conveniente que nosotros nos propusiéramos tener el niño más perfecto que haya conocido el mundo."

Como declaración de amor, es algo débil y quizá desprovista de poesía; pero como exposición de un problema, la cosa está clara.

Bernard Shaw ha respondido: "Estoy de completo acuerdo con usted con respecto a que yo poseo el más bello cerebro del mundo y no dudo que usted tenga el más bello cuerpo que se conoce. Pero podría suceder que nuestro niño tuviera mi cuerpo y vuestro cerebro. Por eso me encuentro yo con el pesar de declinar vuestra amable proposición, pero no sin haceros presente mi agradecimiento y presentando mis respetos."

Bernard Shaw ha esquivado la principal dificultad: tiene setenta y cinco años.

Y no quiere someterse al doctor Voronoff.

O. G.

Merenderos

#

RESTAURANT A LA CARTE

Oropel la inscripción del "groom" que abre las puertas. Convencionales los ornatos de la lista, con recomendaciones de productos harto elaborados.

Complicadas las salsas de los manjares, y, más aún, las adiciones.

Hasta el canto de un canario, preso en jaulita de oro, suena a falso.

Gracias que, al irnos, en "bowl" reluciente, se nos ofrece la pura caricia agria de una tajada de limón.

#

LECHERIA-BAR

Ninguna de las risas cascabeleras de las grisetas logra prenderse en las paredes resbaladizas de mayólicas.

Y su blancura es tan fría que nos vence. Así, sobre las mesitas de mármol, somos un cadáver olvidado en cualquier anfiteatro, tras la clase de disección.

#

CARRITOS DEL PUERTO

Un grifo enorme y su tazón, siempre repleto de agua, como la del santo: humilde, preciosa y casta.

Un fuego lento dora la parrillada y se resuelve en penachos de humos: lobos grises que persiguen a las ovejitas blancas del cielo.

Los vapores suben, listos para partir, y sus antenas parecen vibrar por acentos exóticos y suspiros de tierras lejanas.

Felicidad humilde, arrojada, ¡bástale una sola monedita de níquel!

ARTURO LAGORIO.

Los sueños de Pilsudski

Eramos pocos y... Parece ser que en la joven república polaca también hay fascistas. Parece que el mariscal Pilsudski sueña con instaurar una dictadura, reservándose el papel de dictador, por la razón de que "hace falta la dictadura en Polonia". Este entrecorrido no es una afirmación de los polacos. Es una frase de Pilsudski, cuyo sable se impacienta en la vaina, al ver el éxito obtenido por sus camaradas de otros países.

Pilsudski quiere realizar—nuevo Mussolini—una "marcha sobre Varsovia".

Es lo que dicen los madrileños castizos "un marchoso", como Mussolini, el de la "marcha sobre Roma".

Y ha fundado, para hacer boca, un club, que modestamente titula "Club José Pilsudski".

La política de Pilsudski es contraria a la que ha "creado" y consolidado Polonia.

Por eso creen los liberales de todo el mundo que no tendrá éxito.

A nosotros nos parece que esa objeción es inocente. Si a Pilsudski se le pone en el sable que ha de ser dictador, no se parará ante minucias.

Ahora que más valiera que llamaran otra vez a Paderewsky. Por lo menos se divertirían más, oyéndole tocar el piano.

COCKTAIL

* En todas partes se desbordan los ríos.

En todas partes menos en España.

Aquí son pacíficos hasta los ríos.

#

Esta semana no se han producido cambios en la constitución del Ayuntamiento.

Señalemos el acontecimiento para que lo sepan las generaciones sucesivas.

#

Al llegar Lerroux a Madrid le dijo a un íntimo amigo que le preguntó por el "éxito" del viaje:

—No todos tienen el sentido de la oportunidad que tenía Moret.

#

El ex dictador griego Plastiras ha comparecido ante un Consejo de guerra por considerársele responsable del dastre de Anatolia.

¿Qué me dices?

#

Está siendo muy felicitado D. Juan La Cierva y Peñafiel por la nueva presidencia para la que se le indica.

Si cuaja, hacemos extensiva nuestra enhorabuena a Delgado Barreto y lo lamentaremos por Ossorio.

#

Don Melquiades está engordando. Dicen sus íntimos que en ocasiones queda ensimismado y exclama con voz de lejania: "—¿Será posible, será posible!"

Y ya D. Joaquín Duhalde ha dejado de llorar los gastos de sus últimas elecciones.

#

Miguelito de Miguel, "el capricho de las damas", se nos casa. Al menos así nos lo asegura nuestro coresponsal en Nueva York. Porque parece ser que la "futura" del inteligente cinematografista es "nada más" que una auténtica multimillonaria yanki.

Y como a nosotros no nos gusta armar líos, tal como no lo contaron lo contamos.

#

El ex ministro romanista Amalio Jimeno, delegado por el Gobierno actual para girar una visita a la Facultad de Medicina de Barcelona, tuvo que retrasar su viaje a causa de una caída.

Esperamos que no sufra una re-caída.

Las recaídas siempre son peligrosas.

#

Se asegura que Abd-el-Krim piensa refugiarse en Italia.

¿Ingresa en el fascismo?

#

Un guardia, dos guardias, tres guardias, cuatro guardias... ¿Hay revista?

No. Es la plataforma de un tranvía.

#

En Nueva York, simulando la impresión de una película, unos ladrones audaces han desvalijado un joyería.

No debe extrañarnos. No es la primera vez que en Barcelona se nos desvalija por el procedimiento del "cine".

#

Un naviero barcelonés, que no sabe leer ni escribir, pero que ganó muchos billetes grandes durante la guerra, leía (?), hace unos días, la cuarta plana de un diario de los que insertan avisos de casas consignatarias. Tenía el periódico al re-

#

vés y ¡claro! las viñetas de los vapores estaban boca abajo.

Con toda intención le preguntamos:

¿Qué trae la prensa?

¡Calle usted, por Dios! ¡Es un horror! Estoy viendo el número de naufragios que ha habido en pocos días.

#

El lunes llegó el ex ministro D. Amalio Jimeno para practicar una inspección en la Universidad.

#

Los pasteles se han vendido mucho durante las pasadas fiestas de Navidad.

#

A un pobre hombre le robaron el sábado cinco pavos. La policía ha logrado recuperar cuatro de las aves desaparecidas.

El pavo de la República no ha sido habido.

#

El día ocho reaparecerá "L'Esquella de la Torratxa" después de una leve indisposición.

Parodiemos al poeta:

"Mi esquella que es feliz, pues va a buscaros..."

EL TABLADO DE ARLEQUIN

De todos y para todos

Se sigue afirmando que Carmita Oliver Cobeña se retira de la escena.

¡Tan joven y ya siguiendo los pasos de Rosario Pino!

##

Ya sabrán ustedes que no va nadie a ver "Los grandes autores".

Cadenas está desesperado. Su déficit va resultando "letificante", que diría Muñoz Seca.

##

Conchita Torres va a dedicarse a monologuista, "diseuse", recitadora o como ustedes prefieran.

Y es que a "Maravillas", a pesar de ser el teatro más elegante y más barato, según rezan los carteles, no va nadie.

Esto es un secreto que encomendamos a la reserva del lector. Porque, claro, no lo saben más que los cómicos y los acomodadores de aquella casa.

##

Por fin los Quintero se deciden a que "La boda de Quinita Flores" se celebre en Madrid.

Actuará de Quinita, Josefina Díaz Artigas.

Bueno, y eso de que "se celebrará en Madrid" es un decir. En Madrid va a correr la misma suerte que en todas partes el acursilado merengue quinteriano.

##

Leopoldo Bejarano ha hecho público el último "chanchullo", el mejor de "Los trucos", de Muñoz Seca.

Y el hombre del astrakán, retirando las amenazas que fulminó primero contra el crítico, ha preferido echar tierra al asunto, dando la callada por respuesta a las afirmaciones de Bejarano.

Y es que se puede plagiar, pero no con tanto descaro.

##

Ricardo Puga—asegura Merino—ha dicho que no vuelve por la "peña" de Benavente.

Realmente Puga ya demostró bastante su admiración, y su constancia en esta admiración, por D. Jacinto escuchando sus "mordisquitos" noche tras noche. Y, por ahora, no ha conseguido más que trasnochar.

##

Ernesto Vilches anunció el estreno de una obra de don Jacinto. Y resulta que Benavente no le había dado más que palabra de hacérsela.

Ernesto sí que podrá exclamar:

"Obras son amores y no buenas razones".

##

¿Qué les pasa a ustedes, señores de la S. G. E. E. E.? Porque nos han asegurado que se han tomado determinadas y graves medidas contra algunos empresarios catalanes.

Esperemos que no llegue la sangre al río. Y menos ahora que está sobre el tapete la batalla contra la "Mútua Cinematográfica".

##

El simpático hermanito de un conocido alquilador de "films" nos decía la otra noche:

—Si yo vuelvo a ser "alquilador" pondré en mis impresos: "Esta casa no pertenece a la "Mútua"; porque para lo que va a servir a sus asociados después de la reforma de estatutos".

##

Nuestro distinguido amigo, señor García Auné, nos comunica que continúa siendo concejal.

##

Aunque no nos lo ha comunicado, sabemos que continúa siendo presidente de la Diputación, el señor Milá y Camps.

##

El Gobierno ha decidido interrumpir las 36 horas de silencio que hay en España los domingos y los lunes, fundando un periódico.

"No puede la prensa mantenerse aislada de la opinión pública durante 36 horas", dice la nota oficiosa.

##

Nos dicen que tras este secreto, el Gobierno piensa levantar la censura, para que no exista ningún aislamiento entre la prensa y la opinión pública.

Nos parece muy bien.

##

De vez en cuando, el barón de Viver tiene que ir a Suiza. ¿Tan mal se respira en el Ayuntamiento?

##

En el Kursaal ha sido protestada una película que lleva por título "La Cruz de la Humanidad".

Hay que hacer constar que la protesta comenzó al proyectarse un rótulo que decía: "Amáos los unos a los otros".

Lo cual es una anomalía. Porque la frase bíblica está muy apropiada para el cine.

Según los periódicos de Madrid, en la Universidad de Barcelona ha pasado algo.

Aquí no hay manera de enterarse de nada.

Ni en domingo.

##

Uno de estos días vendrá Lerroux a Barcelona.

Es un síntoma de que no va a pasar nada durante algún tiempo.

##

Luca de Tena es opuesto al descanso dominical de los periodistas.

¿Qué trabajadores son los que no trabajan!

##

Dice un periódico: "A cada cual lo suyo".

No sea optimista el colega.

Quedan muchas albardas por repartir.

##

Se han reunido los romanistas barceloneses.

"¡Amagueu les criatures!"

##

Leemos:

"El señor Ponsá en Cultura."

No perderá nada.

##

Aunque ustedes no lo crean, siguen las obras en la Plaza de Cataluña.

##

Marcos Redondo, al que después de tanto temerle no ha raptado ninguna de sus admiradoras, sigue con Cora dando "golpes" a "La Calesera".

##

En el Victoria hacen "El jorobado".

Ya sabemos quien es.

¡El empresario!

##

Del cartel del Español:

"Si te'n vas tothom s'arregla".

La obra ha tenido mucho éxito.

##

En el Nuevo cultivan el repertorio antiguo.

O le cambian el título al teatro o han de cambiar el espectáculo.

Si no, nos hacemos un lío.

##

Leemos:

"El gran Derkas".

Bueno. Pero, ¿el gran qué?...

Porque se presta al equivoco esa vaguedad.

##

Joaquín Montero, que es un hombre originalísimo, ha estrenado una revista ¡en Romea!

Si no llega a estar bien, ¡las cosas que le hubieran dicho a Montero!

Pero ante el éxito, nadie se atreve...

Don Joaquín es un hacha...

##

En el Circo Barcelonés representan una revistilla titulada: "El gran Omega".

Su autor es un relojero.

##

El fakir Blacamán trata de cortarse el pelo a la "garçonne".

¡Buen negocio para el gremio de peluqueros!

COCKTAIL

¿Qué pasó la noche del 31 de diciembre en un aristocrático restaurante?

Se nos dice que se apagó la luz, al dar las doce, y que algunos pollos "bien" rebuznaron algunas burradas.

No somos más explícitos, pero si aseguramos que por mucho menos de lo que hicieron los pollos de "marra" hay hombres en la cárcel.

##

Hubo anteanoche en el "Maxim's" un conato de bronca.

Unos amigos nuestros estaban sentados a una mesa junto con una simpática extranjera que, procedente de Ginebra, la aterrizado allí.

—¿De dónde eres?—le preguntan.

—De Dantzig.

—¿De Dantzig... o de Dancing?

¡Pum, pum, pum!

##

Según estadística mandada hacer por el teniente alcalde delegado de abastos, señor Barrie, los barceloneses nos comimos durante las pasadas fiestas de Navidad provisiones por valor de 8.122.550 pesetas.

No nos extraña. Hay quien se come mucho más y tan campante.

##

Se nos asegura que ante la imposibilidad de recitar a derechas la relación del primer acto de "La Severa", Tana Lluró piensa profesar en un convento.

Según parece, para disuadirla de esta determinación, el maestro Millán le ha propuesto que estrene otra pieza suya.

##

"La Vanguardia", en su número extraordinario de primero de año, se jacta de su espléndido servicio telegráfico y habla del "sonsonero" que producen constantemente y siempre vigilantes los aparatos Hugues y Morse, instalados en su redacción.

Y el mismo día no inserta información alguna de la explosión de Algeciras, que daban todos los diarios, y que fué un suceso de importancia.

Nos parece demasiado "sonsonero".

##

En un artículo inserto en el mismo número, "Gaziel" dice que "La Vanguardia" es espejo de la vida barcelonesa.

Y llama a esta "caótica mezcolanza", "bárbaro dinamismo", "mar imponente de materialidad".

Como puede verse, el elogio a "La Vanguardia" es definitivo.

Y habrá, además, que ir pensando en nombrar al señor Calvet, cronista de la ciudad.

##

El mismo señor "Gaziel" se convierte en corredor de esquelas en el mentado artículo, mostrándose partidario de que se inserten en primera plana.

Nosotros ya conocemos aquello de que "los muertos mandan"—tópico literario al que ya se le han dado excesivos golpes—pero ¡vamos! no hasta el punto de que un periódico—que según dice él mismo—ha resuelto problemas tipográficos que nadie en Europa ha resuelto, se someta a la influencia definitiva de los que ocupan un confortable nicho en el Cementerio Nuevo.

O se tiene fuerza o no se tiene.

##

Ha aparecido una revista titulada "Gente nueva".

Nos desagrada que se ampare en nombres viejos—hay unas líneas ¡de Romanones!—cuando en ella escriben muchachos jóvenes y batalladores.

Estos momentos son de santa intransigencia, muchachos...

##

El órgano de Sedó y del Chicuelo opina que para asumir la crítica teatral basta un vulgar gacetero, controlado por la administración del periódico.

"Nosce te ipsum".

##

PAGINAS INMORTALES

Consejos a un joven escritor

Anatoie France, en "La isla de los pingüinos", pone en boca de un sabio estas palabras dirigidas a un escritor joven:

Me permito darle un consejo. Si quiere usted que su obra sea bien acogida, no pierda ninguna ocasión de alabar las virtudes que sirven de sostén a las sociedades: el respeto a las riquezas, los sentimientos piadosos, principalmente la resignación del pobre, que afianza el equilibrio social. Asegure, caballero, que los orígenes de la propiedad, de la nobleza, de la gendarmería, serán tratados en su historia con todo el respeto que merecen semejantes instituciones; propale usted que se halla dispuesto a tomar en consideración lo sobrenatural cuando convenga, y así conseguirá la admiración de las personas decentes.

La semana próxima
compre usted

"El Escándalo"

EL ESCANDALO

UNB

Universitat de Barcelona

Y ADMINISTRACIÓN

Calle del Olmo, 8

BARCELONA

JAIME PIQUET

Yo tengo un amigo que ha conocido a Jaime Piquet. Recordarán los lectores que Piquet es el famoso autor de "La Infancia de Jesús, o els pastorets en Bethlem, drama tradicional sacro-bíblic-dramàtic, escrit en vers català, en quatre actes y un epíleg". De este libro, el cual puso música el reputado profesor Juan Carreras, se han publicado aquí unos versos, que han hecho mucha gracia.

Los pastorcillos, de Piquet y los del reverendo Saurina, son, indudablemente, los mejores. Los de Pitarra, que se representaron en Novedades, tienen poca calidad, y los de Verdaguier, que son muy cortos, no valen casi nada. Los de Piquet, son de gran espectáculo y fueron los pastorcillos oficiales en los grandes teatros de Barcelona, en el último tercio del siglo pasado. Es una lástima que hayan caído en desuso. En ellos había una cosa típicamente catalana, que era tratar de las cuestiones más altas y consagradas con una encantadora familiaridad. Hablaban de la Virgen María como si fuera una vecina de al lado, y los espectadores veían que San José se pasaba la vida como todo el mundo que va a la peluquería. Quiero citar otro ejemplo de familiarismo. El rey Herodes, cuando sabe que han llegado los Magos y que ha nacido un niño que se supone rey de los judíos, se indigna primero con su primer ministro. Aménophis;

Aixeca't, ministre
i escolta prompte ma veu.
Vull saber perquè no em poses
de ço que passa al corrent.

Y, luego, se lamenta, ante el mundo civilizado :

Quin gran afront per mon ceptre!
Quin deshonori per mi, aqueix!
Què dirà la Roma, imperi
de ma majestat, sabent
que tolero eix vilipendi
que m'afronta i m'escarneix?
Què dirà de mi l'Octavi
César August, i en fi què
diran del rei Herodes
tots els reis de l'Univers?

Parece que Piquet ganó con sus pastorcillos bastante dinero. Cuando lo conoció mi amigo vivía en Sarrià, retirado de la literatura. Iba tirando de sus rentas y quizás se comía el capital. Era un hombre de estatura regular. Llevaba un sombrero cordobés y una cadena con un gran medallón sobre el chaleco. Piquet era un tipo que se daba cierto tono, vestía muy bien y usaba bastón con puño de plata. Todas las obras que hemos citado vienen del mismo tronco, o sea de unos pastorcillos escritos por un cura valenciano, en lengua castellana, en el siglo XVIII: "Los magos vistos por los pastores".

Parece estar absolutamente probado que la cronología cristiana actual de las fiestas de Navidad, no tiene nada que ver con lo que pasó en la realidad.

Pregunta Borrego a Bato, en el drama de Piquet, la dirección de los Magos:

—I a on van?

Y Bato responde:

Diu que a Bethlem
a adorà el fill de Maria,
com vàrem fer l'altre dia
tots nosaltres.

Estos quince días entre Navidad y Reyes que la Iglesia ha establecido, sin duda, para estimular sabiamente la potencia estomacal de las gentes, debieron ser dos o tres en realidad.

No deja de ser curiosa, la pintura que hacen los pastores de la llegada de los Magos.

Dice Bato:

Guardava jo el meu remat
amb plena satisfacció
quan veig una resplandó
que m'ha deixat admirat.
Em giro, i veig un estel
que en el firmament brillava
tan clar i hermos, que semblava
que ne fós el rei del cel.
Personatges misteriosos
l'estel anaven seguint
riquíssims vestits lluint,
enlluernadors, asombrosos.
Uns rucs molt estranys montaven
i estaven prompte a sa veu
uns criats que anant a peu
als rucs acompanyaven.

Bato va narrando a su compañero lo que vió, y le dice que los Magos se aparearon de los asnos para ir a adorar.

Bato dice con gravedad:

Han dit, per adorà a Déu
anem-hi a peu.

Y luego le cuenta a su compañero de obra que los Magos son muy leídos y sabios, y Borrego, incrédulo, replica:

Saben tant i van a peu?
D'on vénen aquesta gent?

Bato le explica que vienen de muy lejos, de Oriente, y dice luego:

—Ves un rei que ja tenim
i tres que n'han arribats
si estarem poc ben posats
els pobres que aquí vivim!
Ai, pobret del que disputi,
com li aplicaran les lleis.
Ara tenim quatre reis.
—Doncs, digues que tenim tuit!

Ataja el otro, haciendo un chiste de buena ley.

Al final de la escena, que es la quinta del acto tercero y cuadro novena, Borrego, que en la obra representa que es alcalde de Belén, habla con una cazarería tan mediterránea, que enamora.

Quan d'anà a peu he sentit
ja m'he pensat tot seguit
que serien uns reis magres.
Deuen ésser reis d'istiu!
Un ordre et dono i no en "balde":
Si et pregunten per l'alcalde
digues que no saps on viu
que se'n vagin a la porra;
no fos cas que em visitessin
i tot sent reis em clavessin
allò que es diu una gorra!

Creo que valdría la pena resucitar estos pastorcillos de Piquet. Habría que desmochar muchas cosas, claro está, para aligerar la obra. Ahora, que se vuelve a hablar en serio del teatro lírico catalán, no estaría de más preocuparse del repertorio de Navidad. La obra de Piquet podría causar sensación.

JOSE PLA.

COSAS QUE LA GENTE DICE



—¿Por qué no se va este hombre con la música a otra parte?

El homenaje a Santiago Rusiñol

El día 10 se celebrará el homenaje a Santiago Rusiñol.

Nosotros queremos a Rusiñol de una manera escandalosa. Le admiramos con toda el alma.

Creemos que su figura es gloriosa.

Merece el homenaje que se le va a tributar.

A pesar de lo que se han prodigado los homenajes, el de Rusiñol es algo único, incomparable y le da a la palabra homenaje todo su valor.

Nosotros iremos al homenaje a Rusiñol.

Aunque antes y después le rendimos constantemente el de nuestro afecto y nuestra admiración.

Lo ingenioso, lo absurdo y lo pintoresco

Anécdotas sucedidos y otros excesos

El homenaje que se organiza en honor del maestro Rusiñol me recuerda el modestísimo que organizamos en Aranjuez hace unos años, en honor del autor de "El pueblo gris" un grupo de literatos, autores y periodistas.

Seguramente se acordará de él don Santiago, pues por la índole del homenaje—juvenil, inquieto y devoto a su persona—, rimó muy bien con la personalidad del maestro.

Tuvo lugar el homenaje en el teatro de Aranjuez, un teatrillo íntimo y recogido que aquel día se vistió de gala. Precedió al homenaje un banquete en el hotel Pastor—¿se acuerda, maestro?—, en el que Felipe Sassone hizo alarde de ingenio discursando humorísticamente.

Después vino el homenaje propiamente dicho. Fué, como ya he indicado, en el teatro. Representamos "La mala sombra", de los Quintero. Del reparto recuerdo algunos nombres. Manolo Merino hizo el "Don Baldomero", el maestro Millán el "Taburete", Enrique García Álvarez el "Curro Meloja", los "tuertos", Antonio de la Villa, Tomasito Borrás y no recuerdo el otro, y los estudiantes Areal y yo.

Felipe Sassone, con su elocuencia que es un castillo de fuegos artificiales, ofreció el homenaje, a telón corrido, antes de comenzar la función. Dijo que Rusiñol es un granadero con cabeza de apóstol. El maestro, que ocupaba un palco de la izquierda—siempre ha "podido" la izquierda a don Santiago—sonreía bondadoso.

Pero la sorpresa de la fiesta nos la tenía preparada Enrique Álvarez.

Cuando tuvo que cantar las coplas del primer cuadro comenzó de esta manera:

—Mi au... mi au...

Todos creímos que acabaría alzando el rabo y haciendo "fuuu".

Mas, Enrique continuó impertérrito:

—Mi auxilio tú no agradece...

La segunda copla la empezó así:

—Guau, Guau...

El ladrillo libre se imponía.

—Guaudalajara es un puebleu...

La cosa tuvo gracia. Usted no la habrá olvidado seguramente, ¿verdad, maestro?

Luis Gabaldón—hoy "Floridor" en "A B C"—está "sem-brao", como dicen los sevillanos.

Un día Luisito—era Luisito en aquella época—llamó por teléfono al Casino de Madrid, para que le enviaran un coche, un "milord", en el que poder lucir su figura por la Castellana en el paseo de la tarde.

Por una confusión frecuentísima en las señoritas telefonistas—¡hijas de mi alma!—en lugar de ponerle en comunicación con el Casino de Madrid, le pusieron con el obispado. Se entabló el siguiente diálogo telefónico:

—Oiga, Casino.

—No es el Casino, no. Es el obispado de Madrid-Alcalá.

—¿Con quién hablo? ...

—Con un familiar del obispo.

—¿Pero, qué familiar ni qué niño muerto! ¡Si lo que yo pido es un "milord"!

En los tiempos en que el señor Lerroux iba a traer el pavo de la República, en "El Radical", de Madrid, no cobraba nadie. Los redactores trabajaban por amor al arte. Había allí periodista al que se le debían diez o doce sueldos. Lerroux visitaba a diario la redacción en automóvil, para decir que no había dinero. Pero ¡¡¡llegó don Toribio!!! No os acordáis de don Toribio?

Fué aquel pobre indiano engañado a quien Lerroux hizo diputado a cambio de su dinero. Ante la llegada de don Toribio, un horizonte se abría a la esperanza de cobro de los redactores de "El Radical". Se reunieron en sesión permanente y acordaron abrir una suscripción—no se ha sabido nunca a costa de cuantos trabajos—, para que un redactor, Julián Moyrón, el autor de "Los Cadetes de la Reina", fuera a Santander—punto de desembarco de don Toribio—y le diera un "sablazo" con que pagar los sueldos de los famélicos redactores del diario del "emperador del Paralelo".

Llegó Moyrón a Santander. Fué al hotel que ocupaba don Toribio y preguntó por él. Pasó a su cuarto y se encontró a don Toribio, ¿cómo diréis que se lo encontró? Pues, zuriéndose unos pantalones, aguja en ristre.

Al explicar Moyrón esta escena hubo en la redacción de "El Radical" más de ocho bajas.

Ya nadie creía que don Toribio tuviera dos reales.

LUIS MASCAS.